

Enrique Vila-Matas, disidente de sí mismo

Ana Solanes

Siempre resulta más interesante encontrarse cara a cara con el escritor. Y, en el caso de Enrique Vila-Matas, uno imagina que la entrevista tendría lugar en uno de sus amados –y ya tan escasos– cafés de su cada vez menos amada Barcelona. Y así podría contar luego algo sobre sus gestos, su mirada o su sentido del humor. Y comprobar si es cierta su autoproclamada timidez, o su recién estrenada pérdida de peso después de la grave enfermedad que sufrió hace apenas un año; e incluso, con un poco de suerte, que la charla fuera interrumpida por alguna de esas situaciones «vila-matasianas» que salpican –y alimentan– sus libros.

La distancia, la urgencia, la comodidad, y la frenética promoción en la que se haya inmerso tras la publicación de su último libro han motivado que esta entrevista se realice a través del correo electrónico, pero que, paradójicamente, al final también Vila-Matas conteste casi en tiempo real y, de esta forma, descubramos que vive pegado esos días a una pantalla y que siempre sorprende con una amable respuesta al minuto de enviarle cada correo.

Quizá es que, como dice en el prólogo de *Exploradores del abismo* (Anagrama) ha descubierto «el placer de ser cortés», igual que sucumbió a la utilidad de internet pese a su inicial resistencia, y ahora es fácil imaginarlo siempre frente al ordenador, quién sabe si respondiendo a los correos de la artista Sophie Calle, con cuya complicidad ha construido –quizá está construyendo aún– uno de los cuentos más fascinantes de su último libro: una vuelta de tuerca más a su juego entre lo vivido y lo inventado ¿o no es, acaso, lo

mismo? Así que aquí está de nuevo Vila-Matas, escribiendo o paseando por Barcelona, París o el espacio exterior, saltando de la escritura a la vida y de la vida a la escritura, pues para él la realidad siempre baila al compás de lo ficticio.

Desde que decidiera irse a París en los años setenta para convertirse en escritor y redactara su primera novela –*La asesina ilustrada* (1977)–, en la cochambrosa buhardilla que le alquilaba Marguerite Duras, Vila-Matas ha creado una extensa obra, casi un mundo propio, traducida a una treintena de idiomas e integrada por títulos como *Impostura* (1984), *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), *Una casa para siempre* (1988), *Suicidios ejemplares* (1991), *Hijos sin hijos* (1993), *Lejos de Veracruz* (1995), *Recuerdos inventados* (1994), *El viajero más lento* (1995) o *El Viaje Vertical* (Premio Rómulo Gallegos 2001), o *París no se acaba nunca* (2003), entre otros.

Tras el éxito de la trilogía que su editor, Jorge Herralde, bautizó como «la catedral metaliteraria», compuesta por *Bartebly y compañía*, *El mal de Montano* y *Doctor Pasavento*, y que le han valido el reconocimiento unánime como uno de los escritores más importantes y originales en lengua española, además de multitud de premios en España y en el extranjero (desde el Nacional de la Crítica 2003, al de la Real Academia Española 2006, pasando por el Prix du Meilleur Livre Étranger o el Ciudad de Barcelona), quizá lo más cómodo hubiera sido instalarse en esa fórmula «metaliteraria» que tantas satisfacciones le ha dado. Pero como él mismo dice, necesitaba el riesgo, seguir abriendo caminos en su literatura y caminar siempre al borde del precipicio. Al fin y al cabo, él mismo es también uno de esos «exploradores del abismo».

– «*Nadie regresa impunemente al cuento*», son palabras tuyas. ¿Por qué esa vuelta después de más de una década? ¿Le ha costado adaptarse y frenar los hábitos de novelista?

– Pueden ser necesarios años de preparación antes de que el artista dé con los códigos, las claves y los equilibrios correctos y pueda

**«Se necesita años de preparación
para encontrar los códigos, claves
y equilibrios de una obra»**

entrar y salir más o menos libremente de la visita a los distintos temas de su obra. A lo largo de la elaboración de la *Trilogía de la Catedral Metaliteraria* (Bartleby, Montano, Pasavento), cada vez me fui sintiendo más cómodo con lo que escribía, cada vez más en mi casa. Llegué a tener la sensación de que me había instalado en «una casa para siempre». Y ahí sonó mi alarma. Había dado con una forma demasiado idónea para mí y decidí no cometer el error –que otros cometen– de instalarme en la comodidad de mi propio invento y método. Fue entonces cuando me propuse partir –como un explorador más– a la búsqueda de nuevos procedimientos. Y así inicié la aventura de regresar al cuento y ver qué pasaba...

– *Ha dicho que es su libro más genuino, que en este libro apenas se escuchan ecos de otros autores...*

– Es que procuré no dejarme contaminar demasiado por las referencias a otros autores. Aún así, Kafka, por ejemplo, juega un papel determinante en el libro. Y también otros escritores tienen ahí una presencia... En cuanto a lo de más genuino, siento que el libro tiene menos artificio que otros. Cuando dije que era el más genuino que había escrito, en realidad quería decir que –ya sé que tal vez no tiene mucho que ver una cosa con otra– se trataba del libro que daría a leer al Vulgo, es decir, a una persona corriente que me encontrara por la calle y me dijera que le gustaría leer algo mío. Es un libro que al principio parece modesto, casi engaña hablando precisamente de la modestia y de «odiadores» y otras vulgaridades y que poco a poco va preparando al lector para entrar en mi mundo más complejo, el más verdadero. El libro se disfraza al principio de cordero para ganar lectores incondicionales que, a medida que van adentrándose en el libro van viéndole las orejas al lobo. Mi deseo es que algunos sientan curiosidad por seguir adelante –recuerde aquello de Borges: «la curiosidad pudo más que el miedo»– y sigan avanzando para ver cómo son esas orejas y acaben descubriendo al lobo en su plenitud. El lobo se pasea radiante por el relato antepenúltimo, *Porque ella no lo pidió*.

**«No quiero cometer el error de instalarme,
como otros, en la comodidad de mis
propios inventos»**

– Asegura irónicamente haber hecho un gran esfuerzo por lograr cierto cambio de estilo y contar historias «con sangre e hígado», como le exigen sus «odiadores», tan críticos con sus excesos metaliterarios. ¿De verdad pensó alguna vez escuchar a esos supuestos enemigos de los que habla?

– Bueno, usted misma lo ha dicho. Lo aseguro irónicamente. Los enemigos, en todo caso, siempre han sido un gran motor de mi obra. Y encima me divierto con ellos. Pero también es cierto que acabo perdiéndolos a todos siempre en el camino. Ahora, por ejemplo, estoy sin enemigos visibles. Y es que los últimos en aparecer, los «odiadores» de ese relato, ya no me resultan válidos desde que confirmé que no tienen envergadura literaria y que encima esperan que les haga propaganda.

– «*Exploradores del abismo*» es un libro de cuentos independientes pero que pueden ser leídos como un todo, un todo por el que camina ese equilibrista que aparece fugazmente para recordarnos que cada uno de los protagonistas está, como él, caminando por el filo ¿así también se siente usted, como un explorador asomado a un precipicio? ¿Qué ve cuando se asoma a su abismo particular?

– En efecto, soy un explorador asomado al precipicio, sí. ¿Qué veo en mi abismo particular? Pues lo que usted quiera, estoy dispuesto a ver lo que usted quiera, porque todo es abismo. Abismo es, sin ir más lejos, escribir textos en los que siempre arriesgo, porque soy consciente de que sin ese peligro esos textos no serían nada, es decir, que sólo adquieren sentido gracias a ese riesgo. Ahora bien, no quiero mitificar demasiado lo que hago. Ser un equilibrista como Philippe Petit (cuya contrafigura, Maurice Forest-Meyer, es ese señor del que usted me habla y que cruza por *Exploradores del abismo* hilando los relatos) es algo que considero todavía más arriesgado. Aunque en el fondo Petit está haciendo lo mismo que yo, casi un deporte mental: la escritura de nuestras vidas sobre el alambre.

«Mis enemigos siempre han sido un gran motor de mi obra, y encima me divierto con ellos»